



Quién está detrás de las guerras



MARIA PURA GUTIÉRREZ

A todos los entrañables amigos que cada año por Magdalenas se asoman a nuestra "Oarso" al encuentro de unas palabras que pretenden comunicar vivencias varias, esta vez deseo hacerles partícipes de una preocupación que se ha adueñado de mi tiempo y de mi ánimo.

Todo empezó el día en que intenté conocer un poco más a fondo la historia del País Vasco. Porque sentía carencias de ella desde mi infancia, cuando nadie me habló de sus lejanos orígenes. Y una gran sorpresa me esperaba al llegar al estudio de la Edad Media, pues la hallé envuelta en tal cantidad de contradicciones que no se me hizo creíble.

Las crónicas antiguas parecen escritas a honra y provecho de los soberanos que encargaron escribirlas y muchos de los documentos que se conservan están bajo sospecha de falsificación. La historia del comienzo de muchas dinastías europeas y de innumerable número de condados parece un mal calco profusamente repetido. Y no solamente ocurre esto en los comienzos, sino a lo largo de todo el período medieval.

Al ser tan amplia la perspectiva a revisar y hallarme por el momento yo sola ante este ingente trabajo, me vi obligada a ceñirme a un período concreto y elegí desde el año 970 al 1035. Y escribí un libro intentando explicar lo que me había encontrado.

A pesar de la acotación en el tiempo, la dificultad para llevar al lector por los tortuosos derroteros por donde uno se ve obligado a caminar; a poco que compare los condados y reinados de distintos lugares en el mismo tiempo; es casi insalvable. Es tan intrincada la trama tejida a través de las crónicas que, a pesar del gran esfuerzo que he realizado, mi trabajo no se puede leer de corrido. Pero si uno tiene la paciencia de estudiarlo y cotejarlo, acabará encontrando lo mismo que yo: la evidencia de que en la Edad Media existía una concentración de poder cuyo reflejo eran una serie de soberanos de paja. Aparentemente vemos un rey en Castilla, otro en Navarra y otro en León, pero yo he llegado a la convicción de que se trataba de la misma persona que dominaba

no solamente los tres reinos sino en otros, mucho más allá de los Pirineos.

Lo que al principio me parecía incomprendible, por su apariencia de kafkiano, pues no encontraba sentido para que esto pudiera ser así, me llevó a sospechar que respondía a una razón: la de ocultar los verdaderos centros de poder y permitir una serie de guerras entre los diferentes reinos y condados, azuzando a unos contra otros, apelando a nobles sentimientos como los de patria o religión, mientras ese enigmático ser se oculta bajo nombres diversos y se aprovecha de unos y de otros en beneficio propio.

Es duro tener que arremeter contra la aureola que rodea a nuestros héroes, pero no tengo más remedio que denunciar que, tras un ímprobo trabajo de varios años, la soberbia figura del gran Sancho "El Mayor" aparece ahora ante mí como la de un personaje con diferentes rostros dominando con nombre distinto en una gran parte de Europa.

He dado cuenta de mi hallazgo a varias personalidades del mundo de la historia y si bien me han escuchado con mucho respeto, tengo la impresión de que no confían del todo en una periodista metida a investigadora. Yo les he dicho que conozco la dificultad de encontrar, con mis pobres fuerzas, la verdad, pero creo importante dar a conocer mis tesis para poner en evidencia la necesidad de la duda. Incluso les he ofrecido mi archivo de varios miles de fichas. Por el momento, el silencio es su respuesta.

Pese a todo, yo estoy convencida de que la Historia Medieval no es la que nos han contado. Y voy a continuar con mis investigaciones, a pesar de esa total falta de apoyo y hasta de estímulo.

Si todos los problemas planteados por Lacarra, Moret, Ubieto, González Tejada, Labayru y otros, estuvieran hoy explicados satisfactoriamente, dejaría yo de lado este inmenso trabajo, del que no espero ningún beneficio material. Pero no es un secreto para nadie la debilidad de la base en que se asienta nuestra



historia. Incluso nuestra historia reciente, en la que tantos hechos se nos ocultan o se nos explican tan interesadamente.

No considero lo más importante el desentrañar quién fue realmente Sancho "El Mayor", sino responder a preguntas históricas tan vitales para el hombre de ayer como el de hoy: ¿Quién está detrás de las guerras? ¿Quién mueve los hilos? ¿A quién benefician los enfrentamientos? ¿Existe la voluntad de ocultar dónde están los centros del poder? ¿De qué modo se realizó esto en la Edad Media? ¿Tiene algún valor la experiencia histórica o es mejor vivir constantemente con la cabeza bajo el ala?

Con mi trabajo de investigación no pretendo haber desentrañado la Verdad. Pero mis hallazgos han puesto en evidencia una gran duda y, con ella, la necesidad de una revisión a fondo de la historia. Con toda la humildad de una periodista poco experta, pero muy concienzuda en el trabajo, me atrevo a proponer que se vuelvan a revisar las antiguas crónicas, utilizando como clave la sospecha de que el Poder se presentaba en diferentes lugares con distinto rostro. Con esta clave, muchas de las incógnitas planteadas por los más graves investigadores comienzan a aparecer más claras.

Deseo a través de este artículo hacer partícipes de mi preocupación a los jóvenes investigadores que afrontan llenos de energía la enorme tarea de poner un poco de luz en el túnel tenebroso de la Historia Medieval. Cualquier período que estuvie-

ran investigando sería susceptible de colocar en parangón con la tesis que propongo: la de las múltiples caras del poder. Pero a quienes conozcan mejor el siglo XI les invito a revisar las figuras de los soberanos que rigieron las diferentes regiones de España, y estudiar el "cuándo" y el "por qué" Sancho "El Mayor" va titulóndose rey de unas y de otras.

Y les propongo que salgan de nuestras fronteras. Y volverán a encontrarse con que "El Mayor" lo llena todo con su presencia. Si en España le hemos visto con los nombres de Sancho, Alfonso o Ramón, le encontraremos con el de Román en Italia o en Grecia, y en Francia será más conocido por el de Roberto o Guillermo, o por el de Ricardo o Eduardo en el norte de Europa, y junto al nombre del Sacro Imperio Romano Germánico le conoceremos como Enrique, Hugo u Otón.

Si uno estudia las vidas de estos personajes –y de muchos otros– se encuentra que están cortadas por el mismo patrón. Incluso muchos de ellos vivieron exactamente el mismo período. Y de ahí surge la duda de su propia existencia.

Lo que sí parece evidente es la concentración de poder, puesto que ha tenido capacidad para dejar en la historia de diferentes países europeos una misma repetida impronta. Mas, ante la imposibilidad de que una sola persona poseyera la omnipresencia, las preguntas se agolpan: ¿Era una misma familia la que dominaba en los diferentes lugares? ¿Se trataba de un clan? ¿De una secta?

¿Por qué existen en la historia tantas contradicciones si se comparan diferentes crónicas sobre el mismo tema y por qué –al mismo tiempo– hay tantas coincidencias si se comparan las historias de los distintos reinos y condados en España y en Europa?

¿Por qué –concretamente– en los años 970, 995 y 1035 hay cambios de poder en diferentes países europeos considerados independientes entre sí?

Esta panorámica es la que me ha llevado a sospechar que en la Edad Media se tejió una gran mentira que se ha seguido ocultando durante siglos y que afecta a una gran parte de la humanidad. Creo que quienes ejercieron el poder, utilizaron diferentes nombres y personalidades simulando ser varias personas donde sólo existía una, o más bien un único grupo de poder. Y esta ambivalencia de rostros y actitudes permitía el mantenimiento de agresivas relaciones entre los diferentes territorios, en beneficio siempre de los mismos.

Ese misterioso ser que se intuye como muy religioso, muy culto y muy guerrero, gran conocedor del corazón humano y un redomado ladrón impregnado de crueldad, en ocasiones parece cristiano, otras veces judío y otras musulmán. Cuando en realidad es una especie de camaleón que toma el aspecto de aquéllos que le rodean, para darles confianza y quitarles todo lo que poseen. Esa figura siniestra utiliza el magnífico sentimiento humano del amor a las raíces, a la patria, para empujar a la pelea; ese caudillo sin rostro se vale del sentimiento religioso, que a lo largo de los siglos ha sido el mayor motor de bondad y generosidad humana, para despertar su instinto de defensa de valores fundamentales, con el único objeto de tener soldados para su guerra particular.

En ocasiones le vemos traicionando a los árabes, en otras a los cristianos, luego son los judíos los castigados y después los berberiscos, o cualquier extranjero que antes le ha ayudado. Es un hombre sin patria, sin religión y sin respeto para su prójimo. Un hombre con mil caras. Que primero saquea en el norte, mientras el sur se va enriqueciendo y después saquea el sur, mientras el norte se recupera de su tragedia. Y vuelta siempre a empezar con la misma rueda.

Por eso no puedo callar ante lo que creo haber descubierto. Confío en que tal vez algún joven paisano, dentro de algunos años, recuerde que un artículo en "Oarso" le movió en dirección a una pequeña luz, una luz que tal vez le abrió nuevos caminos hacia la Verdad.

